

40120
22 COPIAS

Los sectores populares urbanos como sujetos históricos

Luis Alberto Romero

La cuestión de quiénes son los sujetos históricos y cuáles son sus modos de existencia ha sido central en la ciencia histórica, y sin duda todavía plantea numerosos problemas. Tradicionalmente la ciencia histórica respondió, sencillamente, que eran los hombres: Julio César, Carlomagno, Luis XI o Robespierre; de ellos se predicaba cuando se escribía la historia, y la explicación de sus acciones podía referirse a algunas nociones básicas de tipo psicológico: ambición de poder, crueldad, abnegación, si eran héroes patrios. En el siglo XIX se dio forma a un segundo gran sujeto: el pueblo o la nación, en torno del cual se constituyó la historiografía romántica: un conjunto social homogéneo e indiferenciado, siempre igual a sí mismo, de existencia tan enraizada en la tradición y tan poco marcado por el devenir que casi salía de la historia. Posteriormente, y hace no mucho, la historia se nutrió del contacto con ciencias sociales más jóvenes que, sin la carga del viejo oficio, pudieron elaborar más libremente sus categorías conceptuales. Así, los historiadores empezaron a pensar sus problemas en términos de sujetos colectivos: las clases en primer lugar, pero también los estamentos o aun grupos de índole más diversa. La antropología enseñó a pensar en términos de etnas o comunidades, y la ciencia política ayudó a entender que el propio Estado tiene una lógica y una autonomía tal que puede convertirse en sujeto histórico.

Pero esto no resolvió todos los problemas del historiador. No se trata sólo de saber "quiénes son los que" (según la clásica pregunta para determinar el sujeto gramatical) sino qué tipo de definición es útil o adecuada para el análisis histórico. ¿En qué lugar de la realidad social, en qué nivel o instancia se constituyen los sujetos? ¿En una o en varias? ¿En todas a la vez y simultáneamente, o hay algunas manifestaciones que son det-

vadas de las otras? Más específicamente: ¿qué relación hay, en esa constitución, entre los aspectos que suelen llamarse objetivos (por ejemplo, su inserción en la estructura socioeconómica, o en la estructura política) y los que, impropriamente quizá, se denominan subjetivos, es decir la percepción que esos sujetos, y los otros, tienen de esa situación? Si estos problemas, cuyo análisis se manifiesta hoy un importante impulso renovador, son comunes a la historia y a las restantes ciencias sociales, hay uno que es propio de ella y que hace a su diferencia específica: hasta qué punto es adecuado utilizar, para un proceso cuyo devenir permanente se afirma, categorías fijas, principalmente estáticas, como las que habitualmente elaboran las ciencias sociales. Como ha señalado José Luis Romero, la diferencia entre unas y otras pasa por que las ciencias sociales apuntan preferentemente a la sistematización —y de allí su gusto por categorías definibles y fijas— mientras que la historia apunta a percibir los procesos¹.

Este problema, presente desde Parménides y Heráclito en las formas de conocimiento de nuestra cultura occidental, tiene una clara referencia para la cuestión del sujeto; con Heráclito, podría decirse: no encontrarás dos veces la misma clase; o más exactamente, una clase no es de un cierto modo, sino que *está siendo*, es decir, que *está* haciéndose, deshaciéndose y rehaciéndose permanentemente, de modo que una forma de conocimiento centralmente estática, como la que proponen las ciencias sociales, ayuda poco a captar la naturaleza histórica de los sujetos sociales.

Las implicaciones de esta cuestión se advierten en los estudios sobre la clase obrera y los sectores populares urbanos. Es indudable que los estudios históricos sobre la clase obrera progresaron mucho; pudieron hacerlo apoyándose en algunas firmes nociones provenientes tanto del marxismo tradicional como de la sociología o la economía. En primer lugar, podía encontrarse a este sujeto ubicado en la estructura productiva: su existencia surgía nitidamente del análisis de las relaciones de producción más básicas de una sociedad. Mejor aún, se lo encontraba con igual claridad en los censos y estadísticas: podía decirse con exactitud cuántos eran, en qué ramas se ubicaban, cómo se distribuían según la dimensión de las unidades de producción, según los ingresos, según su productividad y su grado de explotación. Se los podía medir y pesar, con lo que todas las exigencias del conocimiento más positivo estaban satisfechas. Igualmente clara es su ubicación en otros niveles de la realidad: allí estaban las organizaciones sindicales, los parti-

dos políticos que representaban sus intereses, las ideologías que expresaban esos intereses y su visión del mundo. Era fácil postular una relación unívoca entre todos los niveles: eran así, se comportaban así y pensaban así. Más aún, eran sustancialmente iguales a sí mismos, salvo los cambios provocados por los grandes quiebres en la estructura productiva, como por ejemplo el pasaje de la etapa de las empresas individuales a la de los grandes monopolios. Si luego el análisis histórico concreto revelaba anomalías o conductas no explicables, como por ejemplo su apoyo a partidos conservadores, esto se debía a fenómenos de falsa conciencia, o a que aún no se habían desarrollado todas las etapas del camino del autoconocimiento: lo ideológico funcionaba así como la variable de ajuste, con la cual la historia —lo que realmente pasó, según la fórmula rankiana— se reconciliaba con las categorías más básicas, que de algún modo se sacaban, si no de ella, al menos de sus continuaciones.

En las últimas cuatro décadas, los estudios han tendido a mostrar fisuras en ese paradigma, que ha terminado casi totalmente cuestionado. La exploración de otras esferas de la vida de los trabajadores —principalmente a partir de la cuestión del nivel de vida— reveló que había otras posibilidades de encarar el problema de la constitución de los sujetos, no sólo centrada en su vida laboral. Los estudios sobre la formación de la clase obrera revelaron una transición muy matizada y muy larga, y una serie de formas intermedias no exactamente homologables al viejo paradigma de la clase obrera, aunque tampoco incompatibles². Por otra parte, en el caso específico de las sociedades latinoamericanas se puso en evidencia el carácter insular de su clase obrera (por lo menos de aquella que satisficiera el viejo paradigma) y la amplitud de otros grupos que no se confundían con ella pero que tampoco pueden ser separados completamente, por los cuales pasan algunos de los procesos sociales más significativos³.

Así hoy, en el caso de las sociedades urbanas, los estudios sobre lo que Gramsci llamó las clases subalternas parecen no centrarse exclusivamente en los trabajadores industriales sino en un conjunto más amplio, genéricamente denominado sectores populares urbanos. Por otra parte, del estudio excluyente de lo laboral se ha pasado a un intento de integrar las distintas esferas de su vida; de su acción y conflictos como trabajadores, a través de las organizaciones sindicales, a todas las manifestaciones conflictivas de su existencia. Finalmente, del análisis de las "ideologías", esto es las formulaciones sistemáticas, prove-

nientes de intelectuales que enseñan a la clase cuáles son sus ideas (tal la versión extrema y caricaturesca del planteo mucho más profundo de Lenin, que ha dominado los estudios en este campo), a una consideración más general de lo que se denomina su cultura².

Esto no significa que el viejo paradigma haya sido reemplazado por otro que ofrezca las mismas seguridades, que permita presentar dibujos tan claros y orgánicos como los de la "historia del movimiento obrero". Por el contrario, quienes han abandonado las viejas seguridades son conscientes de que se mueven en un terreno movedido y de que, en realidad, carecen de respuestas categóricas para preguntas y cuestionamientos. El principal problema es que se han propuesto estudiar un sujeto elusivo, que no sólo no puede medirse y pesarse sino que, en rigor, no puede definirse con precisión. ¿Quiénes son estos sectores populares de las ciudades de que se habla? ¿Qué arco de la sociedad cubren? ¿Son todo, o a fuerza de no querer dejar nada fuera, terminan no siendo nada? Por otra parte, la relativización del estudio de los objetos tangibles, como son las organizaciones sindicales y los textos políticos, plantea la segunda cuestión: ¿es posible conocerlos? Extremando la perspectiva antropológica (que indudablemente ha enriquecido mucho estos estudios) salta inevitablemente el caveat spengleriano: nunca se llega realmente a entender a ese "otro", que no sólo es distinto sino que carece de formas de expresión propias, que cada vez que habla o actúa lo hace a través de canales prestados, de voces y plumas ajenas, con palabras e ideas de otros.

El texto que sigue pretende, más que dar respuesta a cuestiones que todavía no las tienen (y quizá nunca las tengan), precisar y delimitar los interrogantes para evitar que, de incitaciones a la revisión de las ideas establecidas, éstos devengan en el paralizante: esto no se puede estudiar. Intentaré en segundo lugar mostrar que, poniendo precisión en las cuestiones y acotándolas, pueden abrirse algunas vías de conocimiento nuevas. Finalmente procuraré plantear algunas ideas sobre la naturaleza de los sujetos sociales, vistos desde la perspectiva de la historia, que giran en torno de la constitución de su identidad. En mi opinión, las tres cuestiones están entrelazadas.

¿Dónde se constituyen los sujetos sociales?

La primera cuestión por dilucidar es el lugar, nivel o instancia de la realidad en que se constituyen los sujetos históri-

cos. Aquí el marxismo ha marcado un hito en las ciencias sociales, reconozcan o no su filiación. Los sujetos principales del proceso histórico se constituyen en el nivel de la estructura socioeconómica, en torno de las relaciones sociales de producción, lo cual es—creo—sustancialmente correcto, aunque no lo es, en cambio, dar por terminada la indagación allí, donde en realidad empieza. Esa certidumbre, por otra parte, ofrecía también una seguridad cognoscitiva: sobre esa estructura y esas relaciones era posible fundar un conocimiento sólido, objetivo, "duro". Esa seguridad, en cambio, impuso limitaciones a la investigación. Minimizó la indagación sobre sujetos que se constituyen en otras estructuras de la realidad (o en otros planos de la realidad fáctica, según los términos de José Luis Romero) y que, aunque en el largo plazo pueden ser de una importancia secundaria respecto de los primeros, en el análisis histórico propiamente dicho son eventualmente importantes o decisivos: tal el caso de los que se constituyen en la esfera política, como partidos o facciones, o los que actúan en el plano ideológico, como Fuerzas Armadas, o los que actúan en el plano ideológico, como las formaciones o grupo de intelectuales. Por otra parte esa seguridad tendió a suprimir las diferencias o peculiaridades de los niveles o planos de la realidad, subsumiéndolos todos en el primero y reduciendo los restantes a epifenómenos de aquél. Así, de la inserción del sujeto en la estructura productiva se derivaban sus "intereses", tan objetivos como aquéllos, que a su vez derivaban en acciones, unidas a los anteriores por una cadena de rígidas determinaciones, lo que culminaba en la visión e interpretaciones de unos y otros: las ideologías. Si la clase obrera era un objeto de conocimiento "duro", también lo eran sus intereses, modos de acción y objetivos, previsibles y unívocos. Si luego se descubría que no actuaban ni pensaban tal como sus intereses debían determinarlo, eso podía explicarse por distintos tipos de desviaciones, falta de conciencia o fenómenos de "falsa conciencia" (lo que secundariamente suponía que alguien—un grupo político—era el depositario de esa conciencia real, y eventualmente podía sustituir la acción de los desviados, concepción de una trascendencia política muy grande).

Pero la pregunta de un historiador no puede ser por qué un sujeto teórico—más una categoría analítica que una realidad observada en el análisis—no actúa como debería actuar. El oficio del historiador es explicar cómo actúan los sujetos históricos reales, y esa acción no sólo es el resultado de compulsiones de la realidad fáctica sino también el producto de un acto de conciencia, sea ésta plena, falsa o velada, la que luego,

confrontada con aquella realidad, se traduce en efectos diferentes de los proyectados, e incluso no queridos. Así, explicar las acciones de los sujetos, y a partir de ellas a los sujetos mismos, implica considerar, además de las situaciones sociales en que están incluidas —las estructuras del orden fáctico—, la conciencia que los sujetos tienen de ellas, porque es en el cruce de ambos planos, el de las situaciones y el de su conciencia, donde se constituyen los sujetos históricos⁵.

Es ésta, por otra parte, una contraposición clásica: la del ser social y la conciencia social, resuelta habitualmente en términos de ideología, es decir visión parcial, velada, deformada, intencionalmente deformada u ocultante de la realidad. Se diría: la realidad existe y la ideología —un núcleo de concepciones lógicamente articuladas y rigurosamente armadas— la encubre. Esta contraposición se nos aparece hoy esquemática e insuficiente. Para el enfoque que proponemos, parece más pertinente el concepto de cultura, tal como lo utilizan actualmente muchos estudiosos: un conjunto amplio de representaciones simbólicas, de valores, actitudes, opiniones, habitualmente fragmentarios, heterogéneos, incoherentes quizá, y junto con ellos, los procesos sociales de su producción, circulación y consumo, cuya consideración permite superar la idea tradicional de las representaciones como "reflejo" y las ubica en su doble carácter de constituyentes del proceso social y constituidas por éste. Así caracterizada la cultura, es posible relacionar con ella, en un lugar importante pero no ya en el centro, a la ideología, núcleo conceptual "duro", con formas específicas de producción, circulación y consumo, que en parte es producto decantado de aquel conjunto de representaciones y en parte opera desde fuera de él, moldeándolo, ordenándolo, dándole coherencia.

La cuestión es cómo relacionar ambas dimensiones del proceso social. Habitualmente, dentro de aquella tradición más clásica, eran consideradas dos esferas absolutamente diferentes: una de ellas determinaba a la otra, que era apenas un reflejo de la primera, un fantasma casi, que no merecía estudios específicos. Esta opinión era compartida por quienes, desde el otro lado, veían la historia de las ideas como un campo autónomo, cuyo estudio no requería de mayores precisiones desde el campo de las realidades materiales. La percepción de los elementos materiales implícitos en los procesos culturales, y de los elementos simbólicos que necesariamente informan los procesos sociales, el estudio de las interacciones e influencias reciprocas, lleva en un extremo a Raymond Williams a hablar de un proceso social único y de la inescindibilidad de sus dos dimen-

siones, material y simbólica. Algo similar propone José Luis Romero con su concepto de vía histórica. Williams rescata la idea básica de la tradición marxista de la determinación en última instancia de las estructuras materiales y la traduce en términos de límites —dentro de los cuales pueden constituirse diversos universos culturales— e incitaciones, elementos necesarios pero no suficientes, a partir de los cuales los sujetos conforman su mundo cultural.

Si aceptamos la idea de que en la esfera cultural se constituye la *forma mentis* de los sujetos, que es valorativa y operativa, es decir que les permite juzgar y actuar. Si admitimos que su acción es un producto tanto de las "incitaciones y límites" de la estructura como de los impulsos de esa *forma mentis*, que opera como filtro y como retícula de las incitaciones de la realidad, se plantea entonces uno de los problemas centrales del análisis histórico: por qué camino esas determinaciones de la estructura se convierten en formas culturales. Es sin duda el concepto de experiencia, elaborado aunque no demasiado teorizado por E. P. Thompson, el que más ayuda a encarar estos procesos, en tanto permite explicar simultáneamente el modo como se constituyen representaciones sociales a partir de experiencias individuales primarias, y a la vez el modo como esas experiencias primarias son vividas e interpretadas por sus protagonistas a la luz de las experiencias acumuladas, decantadas y convertidas en representaciones simbólicas. He aquí un camino por el cual, continuamente y sin rupturas, se pasa del proceso social a su representación simbólica y de ella nuevamente al proceso social, por la vía de la conciencia de los sujetos? Se complementa con otro que ha sido mucho más estudiado: aquel por el que la experiencia social constituida se incorpora a los sujetos individuales que, en términos de Bourdieu, se apropiaban de distintas porciones del capital social acumulado. De este doble proceso surge eso que, en términos clásicos, se ha llamado la conciencia de clase, y que quizá convendría denominar con un término menos cargado de connotaciones⁶.

En síntesis, un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad. Los estudios clásicos han partido de uno, y no se han molestado casi en llegar al otro, sustituido a lo sumo por el estudio de las ideologías que, se suponía, eran aceptadas por los sujetos. En el caso de los estudios sobre la clase obrera, la mayoría de las investigaciones ha puesto el acento en las situaciones reales: conocemos relativamente más de su inserción en

la estructura socioeconómica, de sus organizaciones y de su acción sindical y política. Por ello parece importante dar un impulso al estudio de la dimensión simbólica de esos fenómenos, lo que no supone descartar aquella ni minimizarla, entre otras cosas porque ningún estudio de los procesos de constitución del universo simbólico puede hacerse separado de la sociedad o los ámbitos sociales específicos en que ello ocurre. Este terreno de lo cultural, que hoy aparece como fundamental para entender a los sectores populares, es sin duda mucho menos seguro y firme que el hasta ahora privilegiado. Es cierto que suele ser el terreno propio del ensayismo y la generalización fácil. Pero esas dificultades no pueden excusar su estudio; más bien deben obrar como desafío para encontrar metodologías aptas y categorías operacionales que permitan hacer pie en el pantano. Esa intención tiene la propuesta de considerar las identidades sociales y su proceso de constitución, que queremos hacer.

¿Cómo conocer a los sectores populares?

La segunda cuestión tiene que ver con la posición de los sectores populares urbanos en la sociedad y las implicaciones que ello tiene respecto de las posibilidades de conocerlos. Es sabido que la historia ha mirado preferente o exclusivamente a las élites, entre otras cosas porque ellas son las que se hacen escuchar plenamente. Tener voz es tener historia, y quienes no la tienen son las "gentes sin historia".

Pero desde fines del siglo XVIII la presencia de los sectores populares en la escena histórica es insoslayable, lo que obligó a abandonar la tradicional ignorancia de sus voces. Acerca de cómo acercarse a ellos, dos posiciones extremas han dominado hasta hace un tiempo la discusión, y todavía hoy perduran con fuerza. Unos, desde una perspectiva populista que tiene sus raíces en el historicismo romántico, han tendido a ver una suerte de identidad popular que recorre la historia, sustancialmente igual a sí misma, o al menos lo suficientemente resistente a los cambios como para que pueda identificarse la presencia de un sujeto en periodos o circunstancias muy diferentes. Tal los planteos sobre "líneas históricas", que sin inconvenientes mayores suelen enlazar los comienzos del siglo XIX y los finales del XX en un único movimiento, por ejemplo la lucha por la "liberación"⁹. Tal planteo supone además que ese sujeto es básicamente impermeable a las influencias de los sectores domi-

nantes, que la dominación logra acatamiento pero nunca aceptación ni mucho menos readecuación del sujeto a los parámetros fijados por el sistema de dominación. En el otro extremo, se ha supuesto que estos sectores populares carecen completamente de toda identidad propia; todo lo que son es lo que le han dicho que tienen que ser; todo lo que tienen es una variante degradada de la cultura de la élite, que a fuerza de vieja se ha hecho *folk*. Esta concepción se refuerza a partir de los estudios de los procesos de comunicación de masas: el llamado "paradigma comunicacional" hace del receptor un paciente, moldeable por el emisor, sobre todo si los medios son enormemente poderosos¹⁰.

Estas dos propuestas extremas acerca de si los sectores populares tienen existencia autónoma observable tenían la ventaja de dar una respuesta coherente, si no convincente, acerca de un interrogante que habitualmente acusa a quienes estudian este tema: cómo conocer a estos sectores populares huidizos y hasta evanescentes. Desde la perspectiva populista el camino pasa por la identificación con el alma popular: al pueblo se lo siente, y luego se lo entiende. Por otra parte, cada cosa que se sepa, averigüe o intuya acerca de ellos puede ser ubicada más o menos en cualquierta de los momentos de su devenir, pues en el fondo no cambian. Desde la perspectiva de la manipulación, conociendo el mensaje se conoce al destinatario.

Quiénes en cambio se ubican en la perspectiva de la ciencia histórica o la antropología, y tienen en cuenta los recaudos para el conocimiento propios de esas disciplinas, suelen ser más precavidos, lo que frecuentemente los lleva a un callejón sin salida. No hay de los sectores populares demasiados testimonios directos: durante la mayor parte de su historia, esta "gente sin historia" no supo escribir, y a lo sumo escribían por ellos. En todos los lugares donde se los ve actuar se constata que, en definitiva, siempre es una actuación mediada por elementos, estructuras o instituciones de la sociedad establecida: sus creencias pasan por el filtro de las iglesias institucionales, su acción política a través de direcciones o programas ajenos, sus ideas son expresadas por otros, aun en los casos de mayor simpatía. Aplicando las reglas del conocimiento positivo, se llega rápidamente a la conclusión de que, puesto que no hay testimonios puros, no hay conocimiento posible, con excepción de los aspectos más "duros" de su realidad. Podemos saber cuántos son, en qué trabajan, quizá cuántas calorías consumen; pero recordando a continuación que allí se encuentra en realidad una burocracia, o profesionales de la política, o inte-

lectuales simpáticos pero extraños. Pero los sectores populares permanecen misteriosos, lejanos e inasibles. Quienes asumen la perspectiva antropológica y abordan los problemas culturales se topan con una segunda barrera: su cultura nos es, en el fondo, tan ajena como la de una tribu polinésica. Tienen su propio mundo de valores, sus propias reglas de pensamiento, y esto —que ni siquiera podemos analizar a través de testimonios directos— nos es sustancialmente extraño, tal como lo planteaba Spengler para las culturas no occidentales. Juntos o separados, ambos razonamientos suelen servir para desalentar estos estudios, aun cuando se los reconozca importantes y valiosos.

Las dos cuestiones planteadas suelen paralizar la discusión: es necesario enlocarlas desde otro punto de vista. En primer lugar, volver a las nociones básicas sobre qué cosa es una sociedad: los sectores populares y la elite, o cualquier otro tipo de sectores que se identifiquen en ella, no existen antes o al margen de la sociedad; son en el fondo distinciones analíticas que se realizan para estudiar ese todo y, como tales, su análisis, es decir su estudio por separado y en sí, tiene un límite que —está dado por los supuestos acerca del todo social. No se hace historia de los sectores populares o de la elite, sino de la sociedad, vista desde la perspectiva de uno de sus actores.

La primera consecuencia de esta vuelta a las nociones básicas tiene que ver con nuestra tradicional imagen de sujetos sociales clara y pulcramente recortados, si no impermeables, si al menos nítidamente separados unos de otros. E. P. Thompson ha señalado, en un notable artículo, cómo los sujetos sociales se constituyen a partir de un conflicto social que les es previo. No se trata con esto de establecer prelación, que llevarían otra vez al callejón sin salida de la "última instancia", sino de buscar un modo de pensar distinto del que emana de la vieja tradición: primero están (y caractericemos a) los actores y luego veamos las causas que llevan al conflicto. Tanto Raymond Williams como Pierre Bourdieu han partido de un punto de vista similar al estudiar los problemas culturales: antes de pensar en sujetos sociales que tienen distintas culturas, y establecer a partir de esto las relaciones, conviene partir de la existencia de una corriente cultural común y estudiar las distintas formas de apropiación o consumo, así como los mecanismos que las regulan. Aquí, como en el caso anterior, primero está el campo y luego los sujetos. Pero en él, la configuración de los sujetos es cambiante: como ha señalado Stuart Hall en relación con el campo cultural, se trata de un campo de límites

fluctuantes; entre sus polos —el popular y el de elite, en este caso— hay todo tipo de relaciones: imposición, aceptación, préstamo, apropiación. Lo que separa a la población de lo que no lo es no se define de una vez para siempre sino que es el resultado concreto de una fase concreta de ese conflicto, y como tal se desplaza, avanza o retrocede. Es fácil pensar ejemplos similares en la lucha social o la política¹¹. Las manifestaciones de lo popular que habitualmente puede estudiar un historiador —un partido, una forma de vida, un movimiento social, una creación cultural— nunca son populares en términos puros y no porque los sectores populares, a diferencia de los de elite, tengan esa *capitis diminutio* de la heteronomía o la subordinación (la tienen, pero es una diferencia de grado) sino porque esa mezcla es lo propio de todo el proceso social y cultural: el conflicto, la coexistencia, la impureza.

La segunda consecuencia del retorno a las nociones básicas tiene que ver con el problema del conocimiento de los sectores populares. Sabemos mucho sobre esas elites que escriben y piensan más o menos como nosotros (aunque bien podríamos aplicarles las mismas dudas acerca de la mediatización de sus acciones o el recurso a voces ajenas). Es posible que ellas nos guíen al conocimiento de los sectores populares, puesto que en realidad éstos no son polinesios sino copartícipes de un único mundo social y cultural. Para ello, podemos centrarnos en las acciones de diverso tipo que esa elite desarrolla para moldear, adecuar, conducir, dominar a los sectores populares¹². En primer lugar los miran, y traducen su impresión en multitud de testimonios: los sectores populares aparecen a veces como el reducto *folk* y pintoresco, o como las "clases peligrosas", o como la barbarie, o como los extraños, o de muchas otras formas, todas prejuiciosas, escasamente críticas, a menudo descalificadoras, que hablan mucho más de quienes las piensan que del objeto de referencia. Pero en el proceso social, también operan sobre éste: la "mirada del otro" del que está enfrente, es uno de los elementos constituyentes de la identidad social, y ese elemento puede ser estudiado bastante bien.

Por otra parte, el modo como esta elite organiza la sociedad constituye a los sectores populares de diversa forma: en trabajadores, en consumidores, en votantes, en acólitos. La adecuación de este sujeto a los papeles que debe desempeñar requiere de diversos instrumentos, en parte coactivos y en parte educativos. El Estado enseña, disciplina, vigila, castiga, como han señalado desde distintas perspectivas Althusser y Foucault. En el mismo sentido operan otros actores, como la Iglesia y más re-

cientemente la industria cultural y particularmente los medios masivos de comunicación. Aunque los resultados obtenidos no son nunca exactamente los buscados (y aquí es preciso apartarse de la visión reproductccionista de estos autores), indudablemente estas acciones son en parte (y a veces en gran medida) eficaces; por lo tanto, a través de ellas podremos saber mucho de quienes la reciben y soportan¹³.

Si pensamos que el sujeto paciente no es exactamente igual a lo que quieren hacer de él, es porque en primer lugar subrayamos su capacidad de resistencia y, también, porque tenemos en cuenta lo que suele llamarse la perspectiva del receptor: todo lo que se le dice a alguien es recibido e interpretado de un cierto modo; en términos comunicacionales, es decodificado a partir de un cierto código del receptor, y luego resignificado. Este código se ha formado ciertamente a partir de mensajes y enseñanzas anteriores (también decodificadas y resignificadas) pero igualmente a partir de las experiencias incorporadas a eso que llamábamos la *forma mentis* del sujeto, que opera como filtro y retícula. Es allí donde encontramos la herramienta que permite al receptor seleccionar, aceptar parcialmente, modificar, rechazar, cambiar de significado, ubicar en configuraciones de sentido diferentes. Es allí también donde el otro implanta, frontal o subrepticamente, sus propios instrumentos, criterios, valores. Es allí donde se libra uno de los combates por la hegemonía¹⁴.

La percepción de ese ancho campo de manobra, que transforma la "tabula rasa" en un sujeto histórico completo, es la que conduce al escepticismo acerca de la posibilidad de entender a ese sujeto rebelde, extraño y en cierto modo mudo a fuerza de ser agrado. Sin embargo, si aceptamos que podemos conocer positivamente los "mensajes" de diversa índole que se les dirigen a estos actores rebeldes e incógnitos, encontramos allí una segunda vía de conocimiento: todo mensaje y toda acción incluye de alguna manera al "otro", al destinatario de la acción, al receptor, puesto que espera ser aceptado y reconocido por éste. Las marcas y señales del lector, el oyente o el recipiente, incluidas en ellos, agregan indicios para el conocimiento de ese sujeto huído.

En síntesis, no se trata de sujetos sociales de entidad distinta, uno puro y otro impuro, uno cognoscible y el otro no, sino de un único campo cuyas zonas están quizá mejor o peor iluminadas pero que es inescindible. Y así como estudiar las zonas claras ayuda a entender las oscuras, mientras estas zonas oscuras existan las claras no serán totalmente entendidas.

Veamos ahora qué implicaciones tiene esto para una conceptualización de los sujetos históricos, y particularmente del llamado sujeto popular.

¿Son los sectores populares urbanos un sujeto histórico?

Cabe entonces preguntarse cuánto se dice cuando se habla de sectores populares, y hasta qué punto ellos son cabalmente un sujeto histórico. En realidad se dice muy poco, casi nada, y en este sentido las críticas al empleo de esta denominación son justas. El término apenas sirve para delimitar un campo de estudio, para recortar un área de la realidad, pero fuera de eso no precisa mucho más. Probablemente en esa ambigüedad e indefinición esté su virtud, pues de manera mucho más clara que cuando se emplean términos aparentemente más precisos, como clase obrera o burguesía, se manifiesta la imposibilidad de definir un sujeto *a priori*, fuera de un proceso histórico concreto. Frente a las definiciones más bien estáticas de las disciplinas sociales sistematizadoras, la historia debe encontrar un modo específico de caracterizar los sujetos, y probablemente deba apelar para ello a un modo diferente de razonar. Señalaremos al respecto tres cuestiones.

En primer término: ¿los sectores populares son lo que son, lo que ellos creen ser o lo que otros creen que son? ¿Un siervo es un campesino oprimido por los nobles o es el "labrador" de un orden terrateniente integrado por defensores y oradores, como enseña la Iglesia? ¿Un vendedor ambulante es un comerciante por cuenta propia o la parte indiferenciada del "bajo pueblo", como cree la "gente decente"? ¿Un trabajador es un proletario, como piensan los socialistas, o un futuro cuentapropista, como a menudo cree él? En todos estos casos se ve el cruce entre caracterizaciones que nosotros, analistas, encontramos a partir de la estructura de la sociedad, que aquéllos no alcanzan a comprender, junto con imágenes del otro. Como ya se señaló, el sujeto histórico incluye, de alguna manera, esas distintas dimensiones. Hay en él una base, como un mármol en bruto, sobre el cual puede construirse un número limitado pero diverso de estatuas: tal la determinación de la estructura; los escultores son los grupos dirigentes. El Estado, la Iglesia, los grupos contestatarios, actuando conjunta o separadamente, y también el propio sujeto, que construye desde adentro su propia imagen, de modo que la resultante es una combinación, no necesariamente coherente, de todos esos impulsos.

En segundo término: ¿constituyen estos sectores populares un recorte preciso, homogéneo y constante de la realidad? La anterior conclusión indica que no puede resultar eso de la confluencia, necesariamente inestable y cambiante, de tantas fuerzas. Aquí, la percepción del historiador se aparta sustancialmente de la de quienes creen que es posible una caracterización precisa y unívoca, determinando los límites exactos de este sujeto popular, con la precisión que tiene, por ejemplo, una caracterización censal: tales categorías ocupacionales entran en la definición y tales otras no, y deben ser incluidas, por ejemplo, en la "clase media" (un término tan ambiguo como sectores populares, pero que sin embargo goza de más respetabilidad) o por otra parte en los grupos marginales o de la "mala vida", separados de los específicamente populares.

Quizá debería partirse de la premisa contraria. Existen en los sectores populares —y probablemente en cualquier sujeto histórico— fuerzas que llevan a su fragmentación: hay una enorme diversidad ocupacional y de condiciones en cuanto a trabajadores; hay una gran diferencia en cuanto a riqueza, prestigio o poder, a partir de las cuales pueden establecerse capas; existen en ellos tradiciones culturales diferentes, incluyendo en muchos casos las nacionales; hay, finalmente, recortes ideológicos o políticos que, en ocasiones, pueden establecerse más allá de las profundas. La enumeración puede extenderse más aún. Todos esos segmentos, que cortan el conjunto de diversas maneras, coexisten conflictivamente y las diferencias pueden llegar a determinar hasta enfrentamientos profundos (para poner un caso extremo: huelguistas y esquiroles, o la clásica contraposición entre proletariado y lumpen-proletariado). Más aún, podría decirse que sobre esas diferencias, acentuándolas, suelen trabajar los mecanismos de dominación. Pero simultáneamente existen fuerzas que impulsan a la polarización: a su integración a partir de grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las de la fragmentación: una gran fábrica, que iguala condiciones laborales, el hacinamiento en la vivienda, la común extranjería frente a una sociedad excluyente o xenófoba, la participación en acciones de lucha importantes, una identificación política, la represión.

He aquí, entonces, dos fuerzas en tensión: una que lleva a la fragmentación del universo popular en una multitud de universos y otra que tiende a unificar el campo; que operan en relación con fuerzas similares presentes en el otro extremo del campo social. En ocasiones, la polarización es tan fuerte que en

torno del campo popular se aglutinan los que en otras circunstancias formarían parte de las llamadas capas medias; en otras, la tensión disminuye y queda entre los dos polos un campo indeciso y fluctuante; en otras, finalmente, estos sectores intermedios se agrupan en torno del polo dominante, como las limaduras de hierro en un campo imantado, según la imagen usada por Thompson. En fin, las posibilidades son múltiples, y sólo el análisis concreto de una situación puede revelarlas y mostrar cómo ese sujeto, que ambiguamente hemos llamado sectores populares, incluye y no incluye a todos los grupos y capas habitualmente considerados "dudosos" (ya se trate de pequeños comerciantes o de delinquentes). Pensar las cosas así constituye, de alguna manera, un desafío a la lógica que habitualmente usamos. En síntesis, debemos pensar en un sujeto que, aun teniendo un polo constante cuya caracterización nos remite a la estructura, tiene límites y densidades variables, de cuya naturaleza no nos dice nada una respuesta genérica, y que remite al proceso histórico y sus coyunturas.

Finalmente: ¿se puede predicar algo constante y permanente de los sectores populares? Tenemos casi la necesidad intelectual de encontrar una definición de este sujeto lo suficientemente durable y permanente como para ser adecuada a una estructura de larga duración, al modo como "clase obrera" lo es para el "capitalismo". Pero, por otro lado, la perspectiva historicista lleva a cuestionar la existencia de esas permanencias absolutas y a preguntarse si los cambios constantes, los cambiantes equilibrios, no hacen imposible esa continuidad y todo intento de definición permanente.

Los sectores populares, entre la fragmentación y la polarización, no son, en realidad, sino que *están siendo*, es necesario encontrar la fórmula que, en la definición del sujeto, articule la continuidad en el cambio, o la transformación en la permanencia, problema que por otra parte es central en cualquier análisis histórico. Las fuerzas que operan alrededor de la polarización-fragmentación son más o menos las mismas que operan en este caso. Un cambio en la estructura de la sociedad, o una modificación de la relación entre el sujeto popular y alguno de los otros, lleva a una nueva configuración de ese sujeto, pero la vieja configuración no desaparece del todo: permanece en la imagen, en las representaciones simbólicas, operando sobre la nueva realidad. Así, los cambios situacionales se combinan con las imágenes de los sujetos, y la tradición —lo que han sido— se integra en el presente, operando sobre él. Hay una serie de mecanismos sociales de conservación de esa tradición: los me-

nen las familias, las asociaciones, como los sindicatos o los partidos, y también perdura en imágenes sociales acunadas y perpetuadas culturalmente. Pero la tradición no es una fuerza ciega e indeterminada que ata el pasado con el presente. En buena medida, la tradición se construye, mediante el olvido y el recurso selectivo, la resignificación del pasado, y hasta el invento (como por ejemplo, la fundación mítica de un movimiento político). Hay procesos sociales específicos de constitución o destrucción de identidades, y hay agentes sociales especializados en ello, como los historiadores o los periodistas. El pasado opera sobre el presente y asegura la continuidad de los sujetos históricos, pero a partir de la elaboración que, desde el presente, se hace de él. Por otra parte, esa tradición constituye también un campo de conflicto cultural, y en la constitución de esa tradición, en la determinación de lo que debe ser recordado, olvidado y recuperado, y en la valoración respectiva, operan las mismas fuerzas que juegan en el conflicto social¹⁶.

Tenemos, pues, unos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. También, en alguna medida, lo que van a ser. Los procesos de cambio comienzan conformando situaciones sociales anunciadas pero no maduras. Hay grupos, actitudes, ideas, que empiezan a configurarse pero que aún no han crecido lo suficiente como para incorporarse a un sujeto histórico distinto, y actúan dentro del existente, empujándolo en un sentido, para ser algo distinto, o prefigurando una ruptura. Tal el caso, por ejemplo, del vasto movimiento de desconformismo propio de la sociedad burguesa, que aún hoy desafia algunos de los componentes de ésta, aunque no termina de conformar una alternativa. Son grupos o fuerzas emergentes que, sin haber roto todavía con el sujeto, lo hacen empezar a ser algo distinto de sí mismo¹⁶.

Así, un sujeto social, que es un presente, tiene metido dentro de sí el pasado y el futuro. Ninguna definición estática puede dar cuenta de esa sustancial transitoriedad, o mejor dicho del carácter dinámico y cambiante de su ser. Quienes han estudiado la conformación de la nueva clase obrera en el marco de la Revolución Industrial, a partir de distintos segmentos de sectores populares, se han encontrado con esa realidad: los nuevos obreros industriales son todavía una minoría en el mundo de jornaleros, artesanos, campesinos y lo que en general se ha denominado la "multitud"; más aún, lo que serán los rasgos propios de los obreros industriales —actitudes, formas de vida, formas de organización— no alcanzan todavía a diferenciarse de los propios de la vieja sociedad¹⁷. Ninguna defini-

ción de la clase obrera alcanza a dar cuenta de esa compleja transición ni puede precisar el momento en que lo viejo ya no lo es más y lo nuevo no lo es plenamente. Como en el caso anterior, tenemos aquí un desafío para una lógica habituada a las definiciones categóricas, fijas y excluyentes.

Identidades

En suma, los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos. Su existencia es la resultante de un conjunto de procesos, objetivos y subjetivos, que confluyen en una cierta identidad, la que aparece en el momento en que, de un modo más o menos preciso, puede hablarse de un "nosotros", sea cual fuera esa identificación. Estas identidades son cristalizaciones provisionales, que dan el tono, la línea principal en una situación, un período relativamente largo, asible, cognoscible, pero que no excluye tonos menores, líneas alternativas, diferentes o contradictorias, remanentes o anticipatorias. Las identidades se constituyen en el marco de un campo social, en relación con otras, o más exactamente contra otras identidades. Empujada por las tendencias a la fragmentación, cada identidad es una y varías a la vez; empujada por lo que fueron y lo que van a ser, son iguales y distintas a sí mismas. Por ambas razones, sus límites y sus perfiles son fluidos y cambiantes, aunque puede identificarse en ellas un núcleo duro. Tal es la caracterización de un sujeto histórico, que si no ofrece las seguridades esperables para un conocimiento "duro" y positivo, al menos probablemente sirva para explicar más cosas que lo que permiten los recorres más tradicionales.

El fluir del proceso histórico hace provisionales a estas identidades. Pero esa provisionalidad también tiene que ver con los problemas apuntados del conocimiento. Las identidades, definidas provisoriamente, constituyen una herramienta heurística, una forma de acercarse al material empírico y organizarlo, y simultáneamente probar, combinar, evaluar hasta qué punto las líneas divergentes son eso o, más aún, definen identidades alternativas.

Porque el problema mayor de quien quiere simultáneamente estudiar a un sujeto huido como los sectores populares urbanos, y una esfera más huida aún, como la de la "cultura", es cómo transformar estas ideas generales acerca de la naturaleza de los problemas en mecanismos operativos. Aquí es sin duda

donde los trabajos sobre la cultura popular ofrecen a menudo un flanco débil, donde más fácil es deslizarse del estudio riguroso al ensayo. En otros trabajos hemos propuesto la existencia, entre los sectores populares de Buenos Aires entre 1880 y 1940, de dos grandes identidades sucesivas: una trabajadora y contestataria, fuertemente influida por el anarquismo, y otra popular, conformista y reformista, con influencias del socialismo. También hemos propuesto un conjunto de vías que analíticamente pueden distinguirse al estudiar los procesos de constitución de estas identidades. En primer lugar, el área de las experiencias sociales, es decir ese campo en que los impulsos estructurales se convierten en circunstancias vividas, recordadas y transmitidas, organizados en una *forma mentis* a partir de la cual las propias experiencias son entendidas. Luego, el área de las relaciones con los otros actores sociales, deseosos de un modo u otro de moldear esa identidad. Estos actores, y la naturaleza de su acción, son diversos. Puede distinguirse entre ellos lo que es la mirada puramente prejuiciosa del "otro", de las elites, habitualmente descalificadora, aunque a veces sea paternal, y que de alguna manera el sujeto social incorpora, ya sea por la aceptación, el rechazo o la reformulación. Por otra parte, la acción más sintética, y más pretendidamente racional y universal, del Estado, con sus dos mecanismos (no siempre discernibles) de la coacción y la educación, que a partir de una imagen general de la sociedad asigna a cada uno una posición y una identidad y opera firmemente sobre las actitudes, creencias y valores del sujeto popular, reforzando unas, combatiendo o extirpando otras. Luego, el de instituciones tales como la Iglesia, los medios masivos de comunicación o, desde una perspectiva diferente, con intereses y propósitos opuestos pero con similares mecanismos, los intelectuales y políticos contestatarios (muchas veces llamados "de izquierda"), cada uno de los cuales procura moldear esa *forma mentis* reorganizando sus contenidos, extirpando, implantando, subrayando, atenuando¹⁸.

Tales las fuerzas, los escultores del bloque de mármol. Es preciso penetrar luego en el proceso social en que actúan esas fuerzas, a lo largo del cual estas identidades se construyen y reconstruyen permanentemente. Este es precisamente el punto en que el análisis del historiador puede superar los límites de los estudios habituales de los productos de la cultura popular —su música, sus creencias— y sumergir a éstos en el proceso social que los constituye. Estas identidades —y en general todo el universo cultural— son el resultado de prácticas sociales, desarrolladas en espacios constituidos de la sociedad, en ámbi-

tos. Esta denominación es lo suficientemente amplia como para incluir desde un sindicato, un comité político o una sociedad de fomento barrial hasta una taberna o el ámbito familiar. Más o menos estructurados, a veces espontáneos, a veces fuertemente institucionalizados, a veces durables y otras efímeros, están regidos por algún tipo de pautas que regulan su funcionamiento. Es en estos espacios sociales, estos ámbitos, donde es posible percibir los dos procesos principales de constitución de las identidades.

El primero es la transformación de la experiencia individual primaria en experiencia social compartida, decantada, traducida simbólicamente, olvidada, recordada, transmitida. El único lugar donde este proceso, etéreo e intangible, deja sus huellas es en estos ámbitos sociales entre cuyas funciones se incluye, a veces, la conservación de esa memoria colectiva (aunque sea a través de un medio tan frío e impersonal como las actas de una sociedad de fomento).

El segundo es la imbricación de estas experiencias individuales con los impulsos de los otros. Podemos denominar genéricamente a éstos —usando de la metáfora comunicacional— *mensajes*: lo son lo que dice el Estado a través de la escuela, la Iglesia a través del cura, o la televisión. También lo es la opinión, menos articulada pero pesante, del otro. Todo mensaje supone una recepción, parcial, modificada, con rechazos, aceptaciones y cambios de sentido. Nuevamente, no es una recepción individual sino colectiva. En esos lugares de la sociedad que hemos denominado ámbitos se reciben estos mensajes, se los elabora, se los comenta, discute, incorpora o desecha, del mismo modo como se elabora la experiencia. En este proceso de recepción y elaboración ocupa un lugar singular un conjunto social que genéricamente puede denominarse mediadores. Son quienes, por razones profesionales, de educación u otras, participan de dos mundos: son los maestros, los militantes políticos, los curas, los promotores culturales, en general, los "intelectuales". Participan de ambos mundos: traen, traducen y llevan, y dejan su huella en el proceso de conformación cultural.

Ámbitos, mensajes, mediadores... Sería pueril suponer que un esquema tan simple agote un proceso tan complejo. Pero ofrecen una vía de acceso a él. Es posible estudiar una sociedad de fomento o un sindicato: hay actas, periódicos, panfletos. Es posible estudiar a algunos mediadores, pensarlos como Janos bifrontes, con uno de sus rostros vuelto a lo popular y capaz de conducirnos a ellos. Es posible estudiar el amplio universo de mensajes, buscando en ellos la imagen de lo popular, y también

su dimensión moldeadora. Si insistimos en ellos es porque, en un campo tan difícil de atrapar y tan sustancialmente inabsluible como el de las identidades populares, constituyen un lugar por donde empezar a hincar el diente y, así, soslayar las tentaciones de la duda esterilizante y el "no se puede".

NOTAS

¹ Indudablemente, esto era mucho más cierto en la década del sesenta que hoy, cuando la crisis de muchos paradigmas ha volcado, en ocasiones, a los científicos sociales hacia la perspectiva histórica; pero creo que, en el fondo, las diferencias se mantienen. Véase José Luis Romero, "La especificidad del objeto", en *La vida histórica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988, y en general, todos los textos de ese volumen.

² Entre los clásicos, E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Critica, 1979; E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Lata, 1977; E. P. Thompson, *Tradición, reuuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Critica, 1979; G. Rude, *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971; G. Rude, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1978; G. Stedman Jones, *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford, Clarendon Press, 1971.

³ Sobre esta reconsideración de la historia del movimiento obrero latinoamericano véase Ch. Bergquist, "What is being done? Some recent studies of the working-class and organized labour in Latin America", *Latin American Research Review*, vol. 16, n. 2, 1981; también el intercambio entre Bergquist, Sofer, Erikson, Peppe y Spalding en esa misma revista, vol. 15, n. 1, 1980.

⁴ Un ejemplo de la ampliación del interés por los conflictos sociales centrados exclusivamente en el mundo del trabajo son los estudios sobre los llamados "movimientos sociales", muy comunes hoy. Néstor García Canclini ha subrayado recientemente el conflicto social inherente a la puja por el consumo, extendiendo considerablemente la tradicional noción de la lucha de clases. Cf. entre otros textos donde hace un planteo similar, "¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?", *Punto de Vista*, VII, 20, Buenos Aires, mayo de 1984. Sobre el tema de la cultura de los sectores populares y la clase obrera, véase por ejemplo P. Burke, *Popular culture in early modern Europe*, Londres, 1978; E. Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne*, Paris, Flammarion, 1979; J. Clarke, Ch. Chrichtler and R. Johnson, *Working-class Culture. Studies in history and theory*, Birmingham, Centre for Contemporary Cultural Studies, 1979; G. Stedman Jones, *Languages of class. Studies in an English working-*

class history, 1932-1982, Cambridge University Press, 1983 (y particularmente el artículo, allí incluido y traducido al castellano "Cultura y política obrera en Londres, 1870-1900: notas sobre la reconstrucción de una clase obrera", Teoría, 8-9, Madrid, 1981-82); R. Hoggart, *The uses of literacy*, Londres, Penguin, 1977; R. Rosenzweig, *Eight hours for what we will. Workers and leisure in an industrial city, 1870-1920*, Cambridge University Press, 1983; R. Samuel and G. Stedman Jones (ed.), *Culture, ideology and politics*, History Workshop Series, Londres, 1982.

⁵ José Luis Romero, "Reflexiones sobre la historia de la cultura", en *La vida histórica*.

⁶ Seguíamos aquí el planteo de Raymond Williams: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980 y *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*, Barcelona, Paidós, 1981.

⁷ Este planteo aparece en *La formación histórica de la clase obrera*, y en *Miseria de la teoría*, Barcelona, Critica, 1981, donde polemiza con Althusser. También en "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", incluido en *Tradición, reuuelta y consciencia de clase*, cit.

⁸ P. Bourdieu, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Lata, 1973; E. J. Hobsbawm, "La conciencia de clase en la historia", en *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

⁹ Esto es característico del "revisionismo", corriente historiográfica argentina, de escasa densidad académica pero de gran impacto en el público.

¹⁰ Néstor García Canclini ha caracterizado críticamente ambas concepciones en *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen, 1982. Igualmente, P. Burke, "El 'descubrimiento' de la cultura popular", en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Critica, 1981.

¹¹ E. P. Thompson, "La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?" en *Tradición, reuuelta y consciencia de clase*, Stuart Hall, "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*.

¹² Tomo como referencia, naturalmente, el concepto de hegemonía de Gramsci. Cf. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962.

¹³ L. Althusser, "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 4 (9a edición, México, 1979); M. Foucault, *Vigilar y castigar. Nascimento de la prisión*, México, Siglo Veintiuno, 1976. Sobre el papel de la escuela: E. J. Hobsbawm, "Mass producing traditions: Europe, 1870-1914", en E. J. Hobsbawm (ed.), *The invention of tradition*, Londres, 1984; M. Ozofud, *Lecole, l'Eglise et la République, 1871-1914*, Paris, 1963; P. Vilar, "Enseñanza primaria y cultura de los sectores populares en Francia durante la III República", en Bergeron (comp.), *Niveles de cultura y grupos sociales*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1977. Sobre el papel combinado de la Iglesia y el Estado, los textos

citados de Muchembled y Burke, y R. Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVII siècle*, París, 1968.

¹⁴ Las teorías de la recepción han sido particularmente desarrolladas, en el campo de la crítica literaria, por H. B. Jauss y la Escuela de Constanza. Véase al respecto C. Altamirano y B. Sario, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983. Sobre los aspectos comunicacionales de la recepción, véase Stuart Hall, "Encoding-decoding", en *Culture, Media, Language*, Centre for Contemporary Studies, Birmingham, 1980, y O. Landi, *Crisis y lenguajes políticos*, Estudios CEDES, 4,4, Buenos Aires, 1982. El concepto de "sentido común" y su carácter fragmentario y contradictorio ha sido planteado por A. Gramsci; véase *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960. También: J. Nun, "Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común", en *Punto de Vista IX*, 27, agosto de 1986.

¹⁵ E. J. Hobsbawm, "Tradiciones obreras", en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, y "Mass producing traditions".

¹⁶ Raymond Williams ha propuesto esta idea de la coexistencia de elementos residuales y emergentes junto con los dominantes. Véase *Marxismo y literatura*. Un análisis de este tipo aparece en la obra historiográfica de José Luis Romero, particularmente en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1976, y en *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, 1987.

¹⁷ Véanse los trabajos de Thompson, Hobsbawm y Rudé citados en la nota 2.

¹⁸ Sobre la acción de la Iglesia y el Estado véase nota 13. Sobre la acción de la izquierda debe remitirse, en primer término, a los textos de Lenin (*Qué hacer*, Obras Escogidas, tomo I, Buenos Aires, Cartago, 1965) y Gramsci (sobre los intelectuales, en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Lautaro, 1960). Un estudio histórico destacable, realizado desde esa perspectiva es el de R. Johnson: "Really useful knowledge: radical education and working class culture, 1790-1848", en Clarke y otros, *Working-class culture*.

Una empresa cultural: los libros baratos

Luis Alberto Romero

"Los autores rusos, y Dostoiévski especialmente, seducían la imaginación de quienes, reunidos en una barriada popular, veían hervir las inquietudes sociales del mundo a través de su propia experiencia inmediata."

José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*.

En los años que van entre las dos Guerras Mundiales —o entre el advenimiento del radicalismo y el del peronismo, si se prefiere definirlo en términos de nuestra historia política— Buenos Aires conoció un fenómeno singular: el desarrollo de una serie de empresas editoras que ofrecieron, a precios económicos, un conjunto significativo de buenas obras de la literatura y el pensamiento universal. La cuidadosa selección, las extensas tiradas, su organización casi didáctica en bibliotecas y colecciones, la combinación de obras consagradas con otras de tendencias estéticas o sociales de avanzada, todo lleva a pensar en una verdadera "empresa cultural". Su existencia estuvo posibilitada, en primer lugar, por la extensión cuantitativa del público lector, fruto de varias décadas de "educación popular", pero también por la maduración de ciertos cambios en la sociedad porteña, y particularmente en sus sectores populares, entre quienes se reclutaban principalmente los lectores de estas obras.

La sociedad porteña y sus sectores populares cambiaron profundamente entre las dos guerras. Muchos de esos procesos terminaron de madurar con el peronismo, aunque otros se interrumpieron en su desarrollo. En torno de los barrios se organizó una nueva forma de sociabilidad, se acuñaron nuevas experiencias, se recibió de un modo singular lo que venía de otras áreas de la sociedad o del Estado, se procesó, en suma, una cultura popular singular. A este proceso, sin duda complejo y

Los sectores populares y el movimiento obrero: un balance historiográfico*

Leandro H. Gutiérrez
Luis Alberto Romero

Dominados inicialmente por las historias del movimiento obrero organizado, y luego por las investigaciones en torno de la inmigración masiva, los estudios sobre los trabajadores y los sectores populares han estado tradicionalmente centrados en la etapa que se abre en 1880, y particularmente en la ciudad de Buenos Aires. Algunos trabajos recientes que encaran el período 1850-80 (Falcón, 1984; Sabato, 1985) parten en realidad de un análisis retrospectivo de los problemas del ochenta. Respecto de las décadas iniciales del siglo, luego de que Tulio Halperin hiciera una sugestiva caracterización de los sectores populares en la sociedad "barroca" del Virreinato y analizara con agudeza su inserción en la vida política posrevolucionaria, no hubo trabajos posteriores que continuaran esa línea.

Respecto de los trabajadores rurales, el conjunto no muy numeroso de trabajos existentes no alcanza, sin duda, a dar cuenta de todos los problemas planteados, al punto que la presentación del conjunto hecha a principios de siglo por Juan Blaet Massé sigue siendo insustituible. Conocemos relativamente bastante del gaicho, así como de la inserción de los inmigrantes en la explotación pampeana; también, de los trabajadores chagueños y, en menor medida, de los tucumanos. Igados a la explotación azucarera, mientras que del resto hay un número escaso de monografías. Un primer balance parece indicar que aquí se encuentra uno de los déficits mayores.

* Escrito en 1986, este texto no da cuenta de la producción de los últimos diez años. No obstante, creo que las tendencias aquí señaladas sirven para encuadrarlo y caracterizarlo. L. A. R.

I. Enfoques historiográficos

Los militantes historiadores

La historia del movimiento obrero organizado constituye el corpus central de la producción historiográfica referida a los trabajadores. Al igual que en los países europeos, los iniciadores de esta temática han sido militantes políticos y gremiales que escribieron movidos por preocupaciones políticas antes que estrictamente historiográficas, en una época en la que los historiadores profesionales sólo se ocupaban de los sectores populares cuando algún desborde o explosión lo hacía inevitable. Los autores más significativos son Diego Abad de Santillán, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta y Rubens Iscaro. La mayoría de sus obras fueron escritas antes de 1955; sin embargo, algunas se editaron después de esa fecha y las otras adquirieron en ese período una amplia difusión (el texto de Iscaro conoció una versión inicial en 1958 y una segunda, más amplia, en 1973). En conjunto llegaron a constituir no sólo una fuente de información decantada, de la que se nutrió la mayoría de los trabajos posteriores, sino un modelo de interpretación destinado a perdurar largamente.

Cada una de estas obras se propone reivindicar una determinada línea ideológica en el seno del movimiento obrero organizado; pero sobre todo, apuntan a recortar una cierta identidad entre los trabajadores, que creen amenazada por un decurso antinatural de la historia. Abad de Santillán publicó su libro en 1936, desencantado por el fracaso y casi extinción del anarquismo. Oddone concluye su historia en una fecha precisa, el 24 de mayo de 1944, cuando la entrega de la CGT al peronismo marca, a su juicio, el fin del gremialismo libre. Marotta escribe el suyo cuando los avatares del final del peronismo —el incendio de la Casa del Pueblo; su propia detención y la confiscación de sus papeles— parecen amenazar la perduración de la memoria de un sindicalismo mejor. Rubens Iscaro —el más ideológico y menos preocupado por los recaudos historiográficos— escribe en cambio mirando al futuro, buscando en el pasado la historia del avance, dentro de las organizaciones sindicales, de la fuerza progresiva por excelencia, esto es la militancia comunista.

Aunque escritas fuera del campo académico, estas obras contribuyeron a definir un tipo historiográfico que luego influyó fuertemente en el trabajo de los historiadores profesionales. En primer lugar, recortaron en el conjunto de los sectores popula-

res un sujeto, los trabajadores urbanos organizados sindicalmente, y de hecho excluyeron a otros sectores. También recortaron un campo de análisis: su existencia como trabajadores, su acción gremial, sus organizaciones y las ideologías dominantes, así como a los intelectuales y partidos que se dirigían a ellos. La competencia entre esas ideologías, sus estrategias y tácticas, constituyó un tema en definitiva más importante que las luchas de los trabajadores con los capitalistas. De esto derivaba un segundo rasgo: escritas por militantes, en tren de justificar sus acciones, son fuertemente sectarias. La reconstrucción del pasado que cada una de ellas ofrece se asemeja mucho a la epopeya: relato heroico donde ciertos hechos, cuya relevancia no es obvia, aparecen como una inflexión decisiva de la historia, en tanto sirven para justificar una determinada línea política. Desde el punto de vista de su factura historiográfica, son extremadamente pobres, en parte por la formación no académica de los autores. Todos ellos se limitan a los datos que proporcionan los periódicos obreros, los Congresos, las declaraciones de sus organizaciones. Los hechos son presentados linealmente y sin jerarquías; sobreabundan los detalles innecesarios para la argumentación (aun cuando resulten interesantes si la obra se lee como una fuente y el análisis es mínimo). En suma, se narra sin deducir de lo narrado las explicaciones, las que son literalmente tomadas de las historias generales del movimiento obrero europeo.

Todos estos libros fueron escritos —con excepción del de Iscaro— o bien antes o bien en contra del peronismo, e ignorarán entre la historia sindical anterior a 1945 y ese movimiento emergente. Esta tendencia fue, en alguna medida, mantenida por los historiadores del movimiento obrero afines con el peronismo. Las nuevas historias del movimiento obrero se caracterizaron por poner en el centro de sus preocupaciones el tema de la relación entre los sindicatos y el sistema político, tema que —si bien no había estado ausente de las obras anteriores— no ocupaba en ellas una posición central. Tanto Alberto Belloni como Alfredo López procuraron mostrar de qué manera y por qué razones los trabajadores organizados habían abandonado sus antiguos alineamientos para encolumnarse tras un movimiento que, mirado con los ojos de antiguos militantes, desconcertaba por las facilidades que ofrecía a causa del apoyo estatal. Pese a las marcadas diferencias políticas, en términos historiográficos el corte no fue significativo, y perduró el antiguo modelo, considerando a los trabajadores en su doble aspecto de productores y activistas, aun cuando las líneas de clivaje

no pasaban por las diferentes ideologías del pasado, la eficacia de las acciones o la legitimidad de las organizaciones sino, más simplemente, por un antes y un después de la experiencia fundadora del peronismo.

Este molde historiográfico, construido fuera del campo académico, ha influido fuertemente en historiadores profesionales, provistos de instrumentos metodológicos más complejos y poseedores de una base heurística mucho más amplia pero que, sin embargo, no llegaron a superar la concepción—por otra parte estimable—de los iniciadores. Esto parece deberse, más que a una deficiente aplicación de los instrumentos del oficio, a la adhesión a determinadas concepciones acerca de la evolución de la sociedad y del papel que en ella cumplen los trabajadores. No es objetable, por cierto, la vinculación, en muchos casos extremadamente fructífera, de práctica política y quehacer historiográfico, sino de la subordinación de éste a aquella. En muchos casos—y no sólo en relación con el movimiento obrero—lo que se busca en la indagación del pasado son legitimidades, antecedentes, tradiciones y conformaciones de las propuestas políticas. En algunos casos, inclusive, una misma investigación, sin demasíados retoques, puede servir para justificar posiciones políticas divergentes, asumidas sucesivamente. En otros, se advierte la necesidad de mostrar cómo se fueron constituyendo los actores sociales que, a partir de su inserción en la estructura productiva, debieron haber adquirido ciertos rasgos de identidad propios del papel histórico que necesariamente tenían que cumplir. Esto se advierte en los trabajos, por otra parte muy sólidos, de Edgardo Bilsky, fundamentados en una indagación extensa en los fondos documentales de Amsterdam. Si su sensibilidad de historiador profesional le permite vislumbrar, a principios de siglo, el carácter todavía amorfo de una sociedad en proceso de constitución, no sólo en términos sociales sino de experiencias compartidas, actitudes, opiniones e ideologías, sus convicciones lo llevan a postular la necesaria constitución de ese actor indefinido en clase y a fundamentar su asunción en las premisas ideológicas de los militantes.

Nuevos enfoques, nuevos temas

Pese a la persistencia del modelo de la historia de los militantes, desde 1955 hubo cambios sustanciales en los temas y enfoques de los historiadores. Influyó en primer lugar la formación de un nuevo campo académico, al calor de la renova-

ción universitaria, pero también las demandas sociales crecientes—particularmente agudizadas entre los intelectuales—de explicaciones y quizá propuestas sobre el peronismo. Esto se plasmó, hacia 1958, en torno del Instituto de Sociología y el Centro de Estudios de Historia Social de la Universidad de Buenos Aires, dirigidos por Gino Germani y José Luis Romero, donde se realizaron actividades conjuntas y paralelas que influyeron fuertemente sobre un vasto grupo de jóvenes investigadores en sociología y en historia. Sus preocupaciones centrales en relación con la historia argentina giraban en torno de la "modernización" y el "desarrollo económico" y recogían motivos y orientaciones tanto de los economistas de vertiente cepallana cuanto de los intelectuales influidos por el marxismo (Tullo Halperin ha caracterizado la singular situación en que esas influencias podían compatibilizarse). En ese contexto, las investigaciones se orientaron hacia lo que se llamó la "formación de la Argentina moderna", proceso en el que se asignaba un papel fundamental a la inmigración masiva y, por otra parte, a la etapa del populismo nacionalista y el peronismo, que llevaba a atender especialmente a los sindicatos. La historia, ahora "social", se renovó profundamente con estos contactos, aunque mantuvo una relación más discipular y anclada con las más jóvenes—y también más prósperas—ciencias sociales; esto perduró luego del derrumbe del sistema universitario en 1966, en el marco de los centros privados de investigación, donde con frecuencia la función asignada a la historia se limitaba a redactar los "marcos" introductorios de los estudios.

De esta conjunción ha resultado un número de trabajos, realizados por sociólogos y científicos políticos, pero también por economistas, antropólogos y urbanistas, que deben ser considerados en una evaluación de la historiografía del movimiento obrero y de los sectores populares por dos motivos. Se ocuparon, con sus propios enfoques, de temas de los que los historiadores rehusaban ocuparse, particularmente de los períodos más recientes y, por otra parte, lo fueron haciendo progresivamente con enfoques y metodología más históricos, en parte por una convicción acentuada por la crisis de los paradigmas sociológicos y en parte porque, en el marco de una creciente estrechez de recursos, la investigación histórica, en general más artesanal y menos acatada a complejos y costosos procesamientos, era más factible. Por otra parte, en tanto los historiadores fueron definiendo nuevos campos problemáticos, muchos estudios hechos desde otra perspectiva pero que tomaban como tema el pasado pudieron asimilarse a ellos. De este modo, entre

sociólogos (y otros) que se ocupan de temas históricos, y sociólogos-historiadores, se constituyó una zona intermedia que necesariamente debe ser considerada en un balance de este tipo.

En este marco de la renovación los historiadores propiamente dichos tuvieron al principio pocos estímulos para ocuparse específicamente de los problemas de los trabajadores. Por una parte, el interés estuvo limitado durante mucho tiempo a la cuestión de la inmigración, que sólo lentamente fue derivando hacia la de los inmigrantes, y de allí a la de los trabajadores. Esa transición se refleja en la tesis doctoral de José Panettieri sobre los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva, defendida en 1965, que en 1967 fue modificada y publicada con el título de *Los trabajadores*. Por otra, los trabajos de la escuela de los *Annales*, corriente en la que se habían nutrido muchos historiadores, no muy abundantes en esta materia y en cierto sentido carentes de *feeling* por estos problemas, ofrecían pocos aliados para encarar estas investigaciones. Si algún referente externo fue decisivo, éste debe buscarse —un poco después— en los trabajos de E. J. Hobsbawm y E. P. Thompson y el resto de los historiadores marxistas británicos, en Michelle Perrot y Roland Treppe y, más adelante, en la *Social History* norteamericana.

Los primeros trabajos provenientes del Instituto de Sociología apuntaban simultáneamente a comprender la estructura y dinámica de las organizaciones sindicales y a analizar las modalidades de la presencia política de la clase obrera. El papel de los sindicatos como agentes sociales de la modernización, la relación entre organizaciones sindicales y estrategias políticas, la naturaleza de las direcciones sindicales o los modelos de incorporación política de la clase obrera y sus alianzas, todo ello presentado bajo la forma de relaciones estrictas, eran algunos de los parámetros de investigaciones de índole estrictamente sociológica, en las que la realidad compleja y matizada, que suele preocupar a los historiadores, aparecía rigidamente encajonada. (Véanse algunos de los trabajos reunidos en T. Di Tella, comp., 1969.)

Paralelamente, algunos historiadores fueron trasladando sus intereses de los problemas de la modernización y la inmigración masiva a los de los inmigrantes *qua* trabajadores; su preocupación por los problemas de las décadas iniciales del siglo venía a coincidir con la de aquellos influidos por la tradición

militante, que gustaban de compararse de esa etapa más gloriosa. Así, los modelos sociológicos o económicos, hasta entonces sólo ilustrados con los datos del pasado, comenzaron a ser considerados en una perspectiva más específicamente histórica.

Un buen ejemplo de los pasos de este cambio se encuentra en el problema del mercado de trabajo. Al respecto, dos estudios de muy buen nivel ejemplifican paradigmas y orientaciones diferentes: el de R. Cortés Conde (1979, cap. IV), rigurosamente ceñido a los términos del mercado y con pocas concesiones a la dimensión social, mantiene firmes sus lazos con la tradición inicial; el de Hilda Sabato (1985), que lo vincula tanto con la transición entre distintas estructuras económicas cuanto con la peculiar situación de los trabajadores, se abre al análisis de las maneras sociales y culturales en que éstos experimentan su inserción en el mercado. En esa línea, José Panettieri (1981) estudió las repercusiones sobre los trabajadores de las crisis económicas y las leyes monetarias. Ofelia Pianetto (1984), que estudió estos problemas en relación con Rosario y Córdoba, estableció relaciones entre las modalidades del mercado y la acción sindical, buscando los determinantes estructurales de problemas que tradicionalmente se explicaban por lo ideológico o lo político.

En su dimensión macrosocial, esos estudios han permitido mantener una problemática común y un diálogo con economistas y sociólogos. Son pocos los estudios realizados sobre los problemas del mercado de trabajo en períodos intermedios entre los de los estudios iniciales y el presente (Llach, 1978), aunque su consideración es tenida en cuenta con referencia al sindicalismo peronista. Pero la problemática de su constitución y sus características (como por ejemplo el carácter estructuralmente demandante que señaló Cortés Conde) están presentes en los estudios contemporáneos sobre la inelasticidad de la fuerza de trabajo o sobre la reconstrucción de la clase obrera (Delich, 1981; Palomino, 1988).

Por otra parte, se fue produciendo un deslizamiento hacia una problemática más específicamente social, visible en los trabajos más recientes y en las investigaciones en curso. Por influencia de la llamada "perspectiva desde abajo", y sobre todo de los trabajos de Hobsbawm y Thompson, se ha empezado a atender a los trabajadores mismos, a sus experiencias en la fábrica, a la organización de los procesos de trabajo, la disciplina fabril y su experiencia por parte de los protagonistas, y aun al sentido del espacio físico, revelador de las relaciones sociales (Falcón, 1986; Lobato, 1987; Liernur, 1984).

La renovación de temas y métodos es más notable en el descentramiento del problema del ámbito de trabajo y la consideración de aspectos tales como las condiciones de la vida material, a las que tanta atención prestaron los historiadores británicos. En el campo de la historia económica estricta, Cortés Conde aportó un estudio sobre salarios reales en Buenos Aires que desmentía la interpretación sistemáticamente negativa de la tradición militante, retomada en obras muy influyentes, como la de Scobie. (Debe señalarse que, en este texto sobre la producción "argentina", no se analiza la obra de autores extranjeros que han realizado aportes fundamentales; entre ellos, Iacov Oved, Hobart Spalding, H. Matsushita, J. Horowitz, L. Doyon, W. Little, D. James, S. Mahwaring, D. Rock.) Este ámbito de traslado de la famosa polémica británica sobre el nivel de vida, y sus correspondientes versiones rosa y negra, no prosperó mayormente, y los investigadores se orientaron más bien al tema más general de las condiciones de la vida material. (Al respecto, nos permitimos sugerir que se reflexione sobre la significación de los trabajos de Leandro H. Gutiérrez [1981-1982] en la delimitación de ese campo de problemas.) Como en el caso de los estudios sobre la fuerza de trabajo, el paso inicial parece haber sido la delimitación de una problemática nueva, a partir de la cual era posible aprovechar las investigaciones realizadas a menudo con otras intenciones, como se advierte, sobre todo, en el caso de la vivienda popular. Así, un excelente trabajo sobre políticas de vivienda (Yujnovsky, 1974) arroja mucha luz sobre la condición de los moradores, del mismo modo que lo hace una réplica a ese artículo, destinada sin embargo a discutir la leyenda negra de la Argentina del Centenario (Kortz, 1985). Igualmente útiles son los estudios, realizados desde perspectivas totalmente divergentes y heterogéneas, por un historiador urbano sobre los conventillos de Rosario (Hardoy, 1984), un artículo sobre la vivienda obrera (Lernur, 1984) o una sociología sobre los efectos de la localización industrial (Fraciolo, 1981). Claramente, todo ello es hoy parte de una investigación histórica renovada, pero también es preocupante testimonio de lo escaso de la contribución específica de los historiadores. Sin embargo, los pocos estudios existentes en este campo (como el de Surlano, 1984, sobre la huelga de inquilinos de 1907, o de Agustina Prieto sobre Rosario) revelan la especificidad de la preocupación por los conflictos sociales, desarrollados en un ámbito no tradicional para la teoría clásica. Revelan, igualmente,

te, la relación —ya señalada respecto del mercado de trabajo— con estudios sociológicos relativos a los problemas actuales de los barrios populares.

La nueva orientación, atenta sobre todo a los actores sociales y sus experiencias, se manifiesta en el creciente interés por los ámbitos sociales específicos en que desarrollan su existencia y en la sustitución de la óptica macrosocial por la microsocial. Así, comienzan a aparecer estudios sobre los barrios obreros y sobre aquellos, muy típicos (aunque no exclusivos) de nuestra sociedad móvil, en los que los trabajadores conviven con otros sectores sociales. Se comienza a estudiar la formación de redes sociales y de asociaciones, convergiendo en muchos casos con quienes parten del estudio de la inmigración. Esto ha conducido a una definición provisoriamente más amplia del sujeto de estudio y al uso, en algunos casos, de la categoría de "sectores populares", que extiende su frontera hacia arriba y hacia abajo. Por otra parte, se advierte una nueva preocupación por los fenómenos genéricamente denominados "culturales", con referencia al universo de representaciones e ideas y a los procesos sociales de su constitución. Esto ha conducido a un reexamen de las ideologías, consideradas ahora desde el punto de vista de su recepción y reelaboración (Barrancos, 1987; Romero, 1986). También, a una reconsideración de un conjunto de estudios no específicamente historiográficos, referidos a la "cultura popular", que desde el punto de vista de esta nueva perspectiva dan cuenta no sólo del universo de ideas sino también de los usos del tiempo libre (Romano y Rivera, 1981; Sarlo, 1985). Se configura así, como en los casos anteriores, un nuevo campo de encuentro entre historiadores y otros investigadores sociales, en el que la historia dibuja los límites y señala los problemas principales.

Al igual que con las ideologías, con el tema de la participación política de los trabajadores asistimos a una recuperación de problemas tradicionales, enfocados desde una nueva perspectiva. En este caso la "nueva" historia política, aunque entrecruzada con los aportes de la sociología y la ciencia política, procura apartarse tanto del "relato seco" de la historia tradicional cuanto de las explicaciones rígidamente deterministas de algunos sociólogos y científicos políticos. El análisis de coyunturas particularmente complejas, como el advenimiento del peronismo, ha sido adecuado para desarrollar enfoques en los cuales los actores políticos, sin ser independientes de los actores sociales, no se confunden con ellos (y su relación es uno de los problemas por resolver). También, para construir escenarios

políticos complejos, con múltiples posibilidades de equilibrio, alianzas y enfrentamientos y, sobre todo, para superar el determinismo, percibir la virtualidad de cada una de las coyunturas y recuperar la gama de alternativas abiertas a los actores. En ese sentido, son particularmente agudos los análisis de Hugo del Campo (1987) sobre la gestación de la relación entre Perón y los sindicatos y de Juan Carlos Torre sobre la relación entre los sindicatos y el último gobierno peronista.

II. Debates

Los debates sobre los problemas del movimiento obrero y los sectores populares se centraron originariamente en dos campos definidos y acotados: el de las orientaciones político-ideológicas predominantes a principios de siglo y el de los orígenes sociales del peronismo. Progresivamente ambos campos han ido desarrollándose y acercándose, pero todavía quedan entre ellos zonas vacías.

Como se dijo, los estudios sobre los trabajadores en la etapa preperonista han estado dominados originariamente por los estudios de los historiadores-militantes, preocupado cada uno por justificar una línea u orientación política y, sobre todo, por reivindicar una tradición y una práctica que se creían perdidas con la emergencia del peronismo. Tal sesgo de sus trabajos era aceptable en tanto su legitimidad no era buscada en el campo académico sino en el político. Menos justificable era la adhesión a esas posturas por parte de historiadores académicos que, más allá de la mayor solidez heurística y crítica de sus trabajos, renuncian a plantear nuevos problemas o a buscar explicaciones distintas y parecen más bien preocupados por ejemplificar modelos políticos previamente establecidos o hasta por las funciones y réditos pedagógicos de la historia. En ese sentido, los debates acerca de estas cuestiones se relacionan escasamente con un avance en la historiografía.

Esas orientaciones aparecen manifestadas con claridad en los trabajos sobre la Semana Trágica de 1919, enmarcados en general en una historia heroica de los trabajadores antes que en el proceso complejo y contradictorio de constitución de los actores sociales y políticos, su cambiante condición, ideas y estrategias en el marco de un proceso social igualmente cambiante. Así, en muchos trabajos este acontecimiento es caracterizado como un acto insurreccional (Godio, 1972) o como el último de una etapa "insurreccionalista" (Bilsky, 1984), sin pre-

guntarse en qué medida en la etapa anterior, tan signada por la lucha estrictamente económica de los trabajadores, podían señalarse los antecedentes de tal proceso insurreccional. Esto no niega la existencia de actores ideológicos que lo plantearon como alternativa, pero acota su significación. En esa misma clave heroica estos autores deben presentar contemporáneamente un crecimiento casi magno de las organizaciones obreras a escala nacional que no se compadece con el inmediato eclipse total posterior, que llega hasta mediados de la década del treinta.

Otro tema debatido es el de la incidencia de la inmigración y la extranjería entre los trabajadores. Parece fructífero interrogarse sobre la significación de periódicos en lengua extranjera, o de los activistas que no hablaban castellano, así como sobre los problemas que los trabajadores extranjeros incluían en los temarios de las distintas organizaciones políticas (Faicón, 1987). También parecen fructíferas las inquisiciones que, desde el campo de los estudios sobre la inmigración, se hacen alrededor de la participación política de los inmigrantes. Todo ello contribuye a enriquecer la dimensión político-ideológica tradicional y a abrir nuevos problemas. No parece adecuado, en cambio, encarar esos problemas trasladando mecánicamente a nuestra historia las tesis de Lenin, buscando la "clase nacional" capaz de constituirse en "destacamento nacional" de la revolución internacional (Godio, 1973).

El segundo núcleo de problemas, el de los orígenes del peronismo, se desarrolló originariamente sin conexión alguna con el primero. Contribuyó a ello la perspectiva de los militantes fundadores, que veían en este movimiento la degradación y destrucción de la vieja tradición y también la de los militantes, intelectuales y políticos adheridos al peronismo, que reivindicaban el carácter fundacional del movimiento. Cualquiera vínculo con las tradiciones políticas e ideológicas previas fue negado y esas tradiciones —dentro del clima nacionalista dominante— fueron tachadas de alienadas y extranjerizantes. Los propios trabajadores que las desarrollaron fueron globalmente considerados extranjeros; si el peronismo no reconocía vínculos con ellos, estos vínculos se establecían con los trabajadores del interior, recientemente emigrados, que componían el nuevo "pueblo peronista". Significativamente, Alberto Belloni tituló su ensayo *Del anarquismo al peronismo*: todo el período que iba de 1920 a 1945 quedaba así eliminado de la consideración.

Un planteo similar fue desarrollado desde una perspectiva sólidamente académica por Gino Germani. Su interpretación

sobre los orígenes del peronismo, que empezó a formular hacia 1950 y sistematizó en sus ensayos de *Política y sociedad en una época de transición*, se constituyó desde entonces en un hito de la interpretación del peronismo. Naturalmente impresionado por el fenómeno del fascismo italiano, Germani desarrolló tres temas centrales, sólidamente ensambados: la presencia masiva de los trabajadores "nuevos" en los orígenes del peronismo y su diferenciación frente a los "viejos"; su falta de experiencia organizacional e ideológica y su distanciamiento de los modelos de trabajadores industriales y, consecuentemente, su carácter de "masas en disponibilidad" prestas a ser captadas por un "líder carismático". Esta explicación —que dibujaba más bien el perfil de los pobres y carenciados antes que el de los trabajadores— se correspondía con un modelo de análisis fuertemente sociológico, de rígidas relaciones entre variables acotadas, y un cierto mecanicismo en la consideración de las relaciones entre estructura e ideología. Fue un modelo notablemente exitoso, que influyó en un sinnúmero de investigadores, en un momento en que todavía no aparecían marcadas las disyunciones entre corrientes posteriormente divergentes, como la sociología de la modernización y el marxismo (que en la variante por entonces cultivada podía coexistir fácilmente con aquella).

Las hipótesis de Germani florecieron en un periodo, luego de 1955, en el que la izquierda progresista, todavía unida, se preocupaba por la reinscripción de la clase obrera en un sistema político más normal, superado el fenómeno considerado anómalo del peronismo, que podía quizás explicarse por la inexistencia de sus primeros protagonistas. Posteriormente, en el contexto inaugurado por la Revolución Cubana, floreció la izquierda insurreccional, que procuró captar a los trabajadores, y aquella otra que, quizá con similares propósitos finales, intentó "entrar" en el peronismo y hacer de él un movimiento revolucionario: ese programa, pensado para el futuro, implicaba un reexamen del pasado que —según se declaraba en extensos actos de contrición— no se había comprendido o, mejor, sentido adecuadamente.

Esta última corriente dio lugar a una amplia producción, notable como fenómeno cultural, si se quiere, pero marginal en un balance académico, que sin embargo se integra dentro de una corriente de crítica generalizada de las hipótesis de Germani. En lo académico, estas críticas se nutrieron de una tradición marxista renovada, menos mecanicista y más atenta a los fenómenos ideológicos y culturales.

La crítica a Germani se centró en dos cuestiones: su división de los trabajadores "nuevos" y "viejos" y la correlativa iden-

tidad política de unos y otros, y el vacío de significaciones del periodo 1920-1943. En 1968, en tiempos de la Revolución Argentina y en visperas del Cordobazo, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero redactaron un ensayo, ampliamente difundido en su versión informal original y luego incluido en un volumen (Murmis y Portantiero, 1971), referido a la participación del movimiento obrero en los orígenes del peronismo. Discuten allí la validez de la distinción entre obreros viejos y nuevos y cuestionan, en el nivel de los dirigentes sindicales, las organizaciones y las propuestas, la separación entre los antiguos y los recién llegados al mundo industrial. Por otra parte, replantean los términos de la relación entre sindicalismo y Estado: lejos de ser "inventada" por el peronismo, esta tradición enlaza con la tradición vigente en el gremialismo desde por lo menos 1930, y coincide no sólo con tendencias propias de los trabajadores sino con el crecimiento de la intervención del Estado en todos los órdenes sociales. Profundización, mayor receptividad de uno y otro lado, pero continuidad en una tradición ya constituida.

Es posible encontrar antecedentes de este trabajo particularmente en ciertos estudios, desafortunadamente fragmentarios, de Celia Durruty sobre la condición obrera y el nuevo significado de los años treinta (publicados postumamente en 1969), pero lo cierto es que ese trabajo —una sugerente hipótesis más que una monografía acabada— tuvo una enorme influencia, reabrió la discusión e incluyó a nuevas investigaciones de base que permitieron no sólo reconsiderar los orígenes del peronismo y los términos precisos de la relación entre Perón y el movimiento obrero (como lo hizo en un par de brillantes artículos Juan Carlos Torre) sino toda la década de 1930 en la que, más allá de su carácter "inflame" (calificativo reverdecido por corrientes "nacionales"), comenzaban a descubrirse elementos innovadores y definitivamente constitutivos de nuestra historia contemporánea. Entre ellos es sin duda destacable el trabajo de Hugo del Campo, que extiende a toda la década del treinta las hipótesis de Murmis y Portantiero acerca de la burocratización y el reformismo pragmático y la búsqueda de alianzas con el poder político por parte del sindicalismo, y comprueba el pasaje al peronismo de casi toda la estructura gremial establecida.

Esta nueva perspectiva ha permitido comenzar a recuperar la historia de los trabajadores en la década de 1930 y llenar la brecha existente entre los estudios sobre principios de siglo y el periodo peronista, aunque todavía la discontinuidad se mantiene tanto en lo que hace a investigaciones específicas cuanto a la formulación de una problemática unificada común a ambos

periodos (al respecto, nos permitimos señalar la perspectiva integrada en el análisis de la participación política de los sectores populares porteños en el trabajo respectivo de Luis Alberto Romero, 1985). La nueva perspectiva, abierta en enfoques metodológicos y políticos diversos, se manifiesta además en múltiples escritos sobre los trabajadores en la etapa posterior a 1955; es significativo que, pese a los profundos cambios habidos en las múltiples dimensiones de la condición obrera y de las estructuras sindicales, esos trabajos se centren en el tema más tradicional de la relación entre sindicatos y poder (Cavarozzi, Torre, Dellich).

III. Vacíos y necesidades

Como en casi cualquier campo de nuestra historiografía, es más fácil hacer la lista de lo que se ha hecho que la de lo que falta. Ya se señalaron algunos grandes huecos: prácticamente no se estudió nada sobre sectores populares antes de 1850 y hay una carencia similar de monografías sobre estos sectores fuera de los grandes centros urbanos del litoral.

En el área en la que tradicionalmente se han centrado estos estudios, hay carencias igualmente notables, particularmente la referida al período 1920-1935, es decir los años que van de la Semana Trágica a la reorganización de la CGT. No es casual esto en una historiografía centrada en las organizaciones y las luchas que, cuando éstas amenguan y aquéllas pierden relevancia, parece quedarse sin tema. Unir los dos grandes núcleos de estudios existentes —principios de siglo y peronismo— resulta sin embargo esencial, máxime cuando empieza a vislumbrarse que en esos años oscuros se encuentran muchas claves para el estudio de los acontecimientos posteriores. Para hacerlo, es necesario ampliar considerablemente la agenda de problemas, los temas y cuestiones y, quizá, redefinir al sujeto mismo de estos estudios, al cual la caracterización de "clase obrera" parece no convenir totalmente, sobre todo en este período. Esta ampliación de la agenda es, naturalmente, recomendable para todos los otros períodos.

Un primer campo que debe desarrollarse es el de los obreros en la fábrica, los cambiantes procesos de trabajo y las condiciones en que se desarrolla la actividad y, en relación con eso, las formas básicas e iniciales del conflicto y la organización. Prácticamente no se ha escrito nada después de Patroni y es urgente que estos temas se retomem.

Más importante aún, es necesario considerar la vida fuera de la fábrica y, muy especialmente, en aquellos periodos —como el de los años oscuros de los veinte— en que la identidad de los trabajadores parece descentrarse del mundo del trabajo. El estudio sobre los problemas de vivienda parece bastante encaminado, pero es necesario complementarlo con otras dimensiones de las condiciones materiales y con la consideración, en relación con ellas, de la vida familiar. Luego, está el gran tema del tiempo libre, sobre el que se están realizando tantos trabajos en Europa y Estados Unidos: es necesario conocer el impacto de los deportes y la llamada "vida saludable", de la radio, el cine y la literatura popular; es imprescindible reconstruir la red de ámbitos en los que se desarrolla la existencia de los trabajadores, a partir de los cuales puede entenderse su relación con la sociedad global (al respecto, nos permitimos señalar nuestros avances en el estudio de las sociedades barriales y su relación tanto con la dimensión social de los trabajadores cuanto con la cultural). Es necesario, inclusive, reconsiderar totalmente la dimensión política a partir de la forma en que los trabajadores constituyen y desarrollan ámbitos celulares de participación, en la fábrica o en el barrio. Es posible que de estos estudios pueda deducirse una imagen de los trabajadores menos encerrada en ellos mismos y más abierta a la comprensión de su peculiar situación en una sociedad en la que la movilidad social contribuye a atenuar las líneas de clase que, por otra parte, el proceso social va dibujando.

Finalmente, es necesario desarrollar estudios sobre ese campo genéricamente denominado de la "cultura" de los trabajadores, es decir el de lo simbólico visto desde la perspectiva de los procesos sociales de constitución de los significados. Allí es posible apreciar el entronque de los procesos sociales e ideológicos desde una perspectiva menos esquemática y reduccionista que la habitual. Allí es posible organizar un campo de encuentro entre distintas disciplinas: la historia, la antropología, la literatura, la arquitectura quizá... Recientemente, Adolfo Prieto, estudiando la literatura del ciclo de Juan Moreira, ha planteado una imagen verdaderamente sorprendente de la influencia del criollismo entre los sectores populares porteños de principios de siglo, esos mismos que, según una fábula convenida, no sólo eran extranjeros sino también extranjerizantes. Probablemente en esa zona de encuentro se ubique hoy el terreno más propicio para avances sustanciales en nuestros conocimientos y sobre todo en nuestra problemática.

Esta imagen cada vez más compleja y matizada de los sectores populares y los trabajadores, que atiende a más niveles

de su existencia y se aleja de aquellos campos específicos donde se había constituido su historia heroica, no supone el abandono de ciertas nociones básicas de la historia social como es la de que los procesos sociales constituyen la manifestación de los conflictos, necesarios y permanentes, de sus actores. Pero trata de buscar esos conflictos en un campo más amplio que el tradicional, descubriendo la dimensión conflictiva implícita en el acceso diferencial a los bienes materiales—como la vivienda o la salud—o, en el otro extremo, la que está implícita en la apropiación o imposición de formas culturales. Como señalan ya muchos autores, el conflicto social no se limita a las huelgas o al 17 de Octubre: está presente en las cuestiones relativas al consumo o las vinculadas con lo cultural que, en palabras de Stuart Hall, es un campo conflictivo.

BIBLIOGRAFÍA.

- Abbad de Santillán, Diego (1971). *La FORA: ideología y trayectoria*. Proyección.
- Arnus, Diego (comp.). *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social Argentina*. Sudamericana, 1990.
- Barrancos, Dora (1987). "Las lecturas comentadas: un dispositivo para la formación de la conciencia contestataria entre 1914-1930". en: *Boletín*, núm. 16, CEL.
- Belloni, Alberto (1960). *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*. Peña Lillo.
- Bilsky, Edgardo (1984). *La semana trágica*. CEAL.
- (1985). *La FORA y el movimiento obrero*.
- Cavarozzi, Marcelo (1983). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. CEAL, 2 vols.
- Cortés Conde, Roberto (1979). *El progreso argentino, 1880-1914*. Sudamericana.
- Del Campo, Hugo (1983). *Sindicalismo y peronismo, los comienzos de un vínculo perdurable*. CLACSO.
- Delich, Francisco (1981). "Desmovilización obrera y cambio social". en: *Crítica y Utopía*, núm. 3.
- Di Tella, Torcuato (1964). *El sistema político argentino y la clase obrera argentina*. EUDEBA.
- comp (1969). *Estructuras sindicales*. Nueva Visión.

* Esta bibliografía, ilustrativa de los temas tratados en el texto, no pretende ser ni exhaustiva ni selectiva.

- Durruty, Celia (1969). *Clase obrera y peronismo*. Córdoba. Pasado y Presente.
- Facciole, Ana María (1981). "Crecimiento industrial, expansión metropolitana y calidad de vida. El asentamiento obrero en la región metropolitana de Buenos Aires desde principios del siglo". En: *Desarrollo Económico*, núm. 80, Vol. 20.
- Falcón, Ricardo (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. CEAL.
- (1986). *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*. CEAL.
- (1986-87). "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en la Argentina (1900-1912)". En: *Anuario*, núm. 12, segunda época, Rosario.
- Ford, A.; Rivera, J. B. y Romano, E. (1985). *Medios de comunicación y cultura popular*. Legasa.
- Gernani, Cino (1963). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós.
- (1973). "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos". en: *Desarrollo Económico*, núm. 51, Vol. 13.
- Godio, Julio (1972). *La semana trágica de enero de 1919*. Galerna.
- (1973). *Historia del movimiento obrero argentino: migrantes, asalariados y lucha de clases, 1880-1910*. Tiempo Contemporáneo.
- Gutiérrez, Leandro H. (1981). "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914". En: *Revista de Irdis*, núm. 163-164, Sevilla.
- (1982). "Condiciones materiales de vida de los sectores populares en el Buenos Aires finisecular". En: *De historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero*. México, Siglo XXI Editores.
- Hardoy, Jorge E. (1984). "La vivienda popular en el Municipio de Rosario a fines del siglo XIX. El censo de los conventillos de 1895". En: *Sectores populares y vida urbana*. CLACSO.
- Iscaro, Rubens (1958). *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Anteo. Buenos Aires. Existe una versión ampliada posterior (1973). *Historia del movimiento sindical argentino* (2 tomos). Fundamentos.
- Korn, Francis y De La Torre, Lidia (1985). "La vivienda en Buenos Aires, 1887-1914". en: *Desarrollo económico*, núm. 98, vol. 25.
- Lienerr, Pancho (1984). "Buenos Aires: la estrategia de la casa autoconstruida". en: *Sectores populares y vida urbana*. CLACSO.
- Lobato, Mirta (1987). "Condiciones de trabajo en la industria frigorífica. Buenos Aires, 1900-1930". En: *Condiciones y medio ambiente de trabajo en la Argentina*. Humanitas.
- Lopez, Alfredo (1971). *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina*. Peña Lillo.
- Ilach, Juan J. (1978). "Estructura ocupacional y dinámica del empleo en la Argentina: sus peculiaridades, 1947-1970". En: *Desarrollo Económico*, núm. 68, Vol. 17.
- Marotta, Sebastián (1960). *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo* (3 tomos). Lacio.

- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan C. (1971). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI.
- Palomino, Héctor (1988). *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina, 1947-1985*. CISEA.
- Panettieri, José (1967). *Los Trabajadores*. Jorge Álvarez.
- (1981). "La Ley de Conversión Monetaria de 1899 en el marco de la formación de la Argentina moderna". En: *Desarrollo Económico*, vol. 21.
- Planetto, Ofelia (1984). "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922". En: *Desarrollo Económico*, núm. 94, Vol. 24.
- Romero, Luis Alberto (1985). "Sectores populares, participación y democracia: el caso de Buenos Aires". En: *Pensamiento Iberoamericano*, 7. Madrid.
- (1986). *Libros baratos y cultura de los sectores populares*. CISEA.
- Sabato, Hilda (1985). "La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880". En: *Desarrollo Económico*, núm. 96, vol. 24.
- Sarlo, Beatriz (1985). *El imperio de los sentimientos*. Catálogos.
- Suriano, Juan (1984). "La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires". En: *Sectores populares y vida urbana*. CLACSO.
- y Gutiérrez, Leandro (1985). "Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares. Buenos Aires 1880-1930". En: *La vivienda en Buenos Aires*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.
- Torre, Juan C. (1974). "La caída de Luis Gay". En: *Todo es Historia*, núm. 89.
- (1976). "La CGT y el 17 de octubre de 1945". En: *Todo es Historia*, núm. 105.
- (1983). *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1986*. CEAL.
- Yujnovsky, Oscar (1974). "Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914". En: *Desarrollo Económico*, núm. 54, vol. 14.

Índice

Introducción.....	9
Luis Alberto Romero	
Los sectores populares urbanos como sujetos históricos	23
Luis Alberto Romero	
Una empresa cultural: los libros baratos.....	45
Luis Alberto Romero	
Sociedades barriales y bibliotecas populares	69
Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero	
Participación política y democracia, 1880-1984	107
Luis Alberto Romero	
La construcción de la ciudadanía, 1912-1955	153
Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero	
Nueva Pompeya, libros y catecismo	173
Luis Alberto Romero	
Los sectores populares y el movimiento obrero: un balance historiográfico	195
Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero	

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DIRECTORIO DE INVESTIGACIONES